

OCCAM

Fco. Javier Pérez

La inacción en sus pupilas tenía algo de incongruencia, algo de indeterminación; cierta cualidad impresa que se extendía al resto de su cara y que la hacía mutar, imperceptiblemente (para todos menos para mí) y despacio. La primavera era una desconocida repiqueteando en los cristales de la ventana, fuera. Estaba lloviendo fuego.

Así que apreté los labios y me concentré en las esferas. La amarilla, en la que ella solía estar, dolorosamente vacía hasta el punto de no permitirme la entrada; la verde, tremenda y agreste, otra mala opción; la azul... sí, la esfera azul serviría, siempre que el terreno gaseoso sobre el que las neuronas tienden a patinar en determinado momento, donde es difícil distinguir una revelación trascendental de un sueño estúpido, aguantase firme bajo los pies de la mente.

Entré en estado críptico, y ahí me quedé.

Todo tembló durante un instante alrededor de ella. No eran sacudidas sinápticas. El terremoto operaba en un plano que escapaba a mi control.

La luz se apagó.

Desaparecí de nuevo.

Una voz desconocida: —Ya estamos otra vez... A la que caen tres gotas, está maldita ciudad se paraliza.

La luz volvió.

Ojos desplazándose de izquierda a derecha, SUS ojos:

El doctor Killbrew blandió el disruptor en su mano, un modelo antiguo, de antes del

Y de arriba abajo:

desplazamiento mundial, y apuntó con él al rostro de Escarlata Halo, que dejó que la leve brisa que soplaba entre ambos, como si los fantasmas excesivamente adelantados al duelo que estaba a punto de acontecer hubiesen decidido

unánimemente acariciar a quien tenía todos los números de perder, le meciese el ligero vestido de verano bajo el que ocultaba la artillería pesada.

—No voy a caer en algo tan viejo y estúpido como un soliloquio —dijo el doctor, escupiendo cada sílaba con un rencor infinito—. No soy esa clase de malvado.

—Claro que no —contestó Escarlata, con media sonrisa pintada en su rostro, una profecía de muerte cercana—. Usted es un científico brillante, uno de los faros que iluminan el camino de la nueva monarquía hacía la prosperidad del año tres mil.

—Y tú eres una zorra consentida... Además de una terrorista.

—No —la sonrisa mutó en rabia, luego en resolución—, yo soy Maa Kali. Soy Tiamat colocada hasta las cejas de metanfetamina. Soy Caos...

Y en un movimiento imposiblemente preciso y fugaz, ensayado hasta el automatismo en los campos de entrenamiento de la resistencia ontológica, dos viejas Magnum Parabellum plateadas del calibre treinta y ocho, reliquias de una civilización ya extinta para la que habían sido objeto de veneración pagana, tótems tremendos por los que los hombres vertían incluso la sangre de sus propios hijos, aparecieron en las manos de Escarlata y, sincronizadas con el latido de su corazón, vertieron plomo, cordita y muerte al espacio de aire moribundo entre ella y el doctor.

—...y te traigo fuego.

La primavera siguió su camino a través de las venas de ella, mezclando su aroma a polen y ácaros en descomposición conmigo, en alguna parte. Sus ojos seguían su camino, decodificando. Dejé por un tiempo las esferas y me perdí en ella, mientras ella se perdía en mí.

Fibras musculares retorciéndose con un crepitar de gloria, el corazón subió de cadencia cuando la fuerza centrífuga intermitente que mecía su cuerpo dejó de envolverla. De nuevo en movimiento.

La esfera amarilla se abrió de par en par, invitándome, seduciéndome, pero en un alarde de responsabilidad rechacé su oferta. Era temprano por la mañana de un miércoles. Ella tenía mejores y más importantes cosas que hacer.

Cerré el puño alrededor de la esfera, le di un beso de buenas noches y me la tragué. Seguí haciendo recuento: la esfera negra, donde los padres de ella cuestionan cada una de sus decisiones, iluminada de forma extraordinaria durante la última semana a causa de la decisión de ella de cambiar de casa y mudar su piel; la

esfera naranja, la que nunca se debe tocar durante la vigilia; la esfera púrpura, donde su marido hace cola junto con el resto de amantes y, aún así, mantiene una posición de privilegio; y la esfera octarina, que es la de todos los colores y ninguno a la vez, el lugar al que acudo y espero a que ella vuelva a mí.

Sentado en algún punto indeterminado, más allá de sus parietales, pero no demasiado cerca de su alma, escuché todas esas palabras sin significado, las que la voz no se atreve, o no sabe, pronunciar, deleitándome en su amor perfecto por mi cadáver.

Hasta que volvió a sentarse y pulsó el botón que conectaba su ordenador.

El aburrimiento:

—¿Cómo podría cuadrar el balance sin tener que recurrir al listado de extranjeros? ¿De verdad eso me ahorrará tanto tiempo? —preguntó la boca desdentada de su sinapsis.

Escarlata Halo introdujo una serie de comandos en su PDA y el plasma mutagénico de su acompañante virtual se metamorfoseó, dejando la apariencia “transexual mestizo” para pasar a modo “modelo de ropa interior masculino, vestido de gala”. Juntos, el atractivo acompañante y Escarlata, pasaron a través del control policial de la entrada, seguidos por la mirada atónita de los dos agentes de la ley apostados en la puerta del palacio real, que no podían creer que semejante ejemplar de hembra humana (el vestido de bio-poliexpan de ella se le ceñía a cada una de sus musculadas curvas de forma que, como solía decirse, no dejaba nada a la imaginación) prefiriese gastar una millonada en un acompañante cibernético antes que acudir a la ceremonia social más importante del año acompañada por un macho de carne y hueso.

—Estás estupenda, querida —dijo una voz a espaldas de la mujer. Su acompañante, programado para ser cortés, la obligó a detenerse.

Era Fiona Magnolia, la rutilante nueva estrella del Holo-erotismo y antigua compañera de colegio de Escarlata.

—La ocasión lo merece —contestó ella. Su acompañante sonrió, todo dientes y libido rosácea.

Fiona estiró un poco la espalda, mostrando sus enormes pechos a quien quisiese mirar.

—¿No es increíble lo normales que parecen los reyes, una vez los conoces en persona? Son tan sencillos... Ha sido todo un detalle por su parte invitarnos a presenciar la invocación de su primogénito ¿verdad?

—Supongo...—articuló Escarlata, con la vista fija en el escote de su interlocutora, que ahora sonreía al atractivo acompañante de la mujer, la cual, señalando a éste último, dijo:—. Y no te molestes por seducir a éste... Es un cyborg.

El gesto de asco de la estrella holo-erótica puso fin a la conversación.

Gracias a Dios, pensó Escarlata. Y volvió a sacar su PDA del bolso, tecleando las palabras DESTRUCCIÓN MASIVA en la línea de comandos del programa de su acompañante y sincronizando el temporizador de cuenta atrás.

El sonido de unas llaves al meterse en la cerradura de la puerta de la entrada me invitó, despacio, a marcharme, a retrotraerme dentro de ella otra vez. Su marido acababa de llegar a casa. Ella estaba nerviosa. Yo también.

La prueba había dado positivo.

—Te ha dado fuerte con ese libro ¿no?—dijo él, al entrar al cuarto de estar y verla tumbada en el sofá, con las trescientas páginas de papel cosido entre sus manos.

Un beso en la frente. Luego otro en los labios.

—Sí —contestó ella—. No sé qué tiene, porque cuando me lo compré pensé que era un poco raro que este tío hiciese algo de ciencia-ficción pura y dura.

—Es un escritor imprevisible —se burló él, quitándose la cazadora tejana, que dejó tirada de cualquier manera sobre una de las sillas del comedor.

Pude notar una hebra de fugaz descontento en la boca del estómago de ella, luego los nervios volvieron a la carga.

—Ya sé que no te gusta, pero a mí me distrae...

—Nunca he dicho que no me gustase, sólo que no es que el tío sea muy regular, que digamos... Tiene un par de libros guapos, pero otros...

—Mira, es igual... —la prueba, los planes a medio trazar en su cabeza, que habían estado toda la tarde interponiéndose entre nosotros aquella tarde, forzaron un cambio de tema. No estaría tranquila hasta que se lo dijese—. Me he hecho la prueba.

—¿Qué prueba?

—¿A ti qué te parece?

—Joder... Claro, la prueba... ¿Pero no quedamos que la haríamos los dos juntos?

—No he podido esperar... —dijo ella, y no pudiendo más con la conversación, añadió:—. Ha salido positivo.

La esfera roja empezó a girar frente a mí, suplicándome que entrase en ella antes de que fuese demasiado tarde. Decidí esperar un poco más.

Las lágrimas en los ojos de ella afloraron, llevándose partes de mí, amenazando con desintegrarme. Debía calcular el tiempo perfectamente. Si no conseguía aferrarme a una de las esferas en el momento justo, ella me olvidaría... No para siempre, pero sí durante bastante tiempo. Una forma de muerte demasiado dolorosa, del tipo que no puedes soportar demasiadas veces, a riesgo de perder para siempre tanto a ella como a la más pura esencia que me hace ser lo que soy.

Entonces llegaron las lágrimas de él. El abrazo sincero, buscando algo más allá del cuerpo de ella. Dos palabras:

—Te quiero.

Y la esfera verde, abierta y hambrienta, reflejando la cara de él como si nunca hubiese habido nada ni nadie antes. Justo lo que estaba esperando. Una pequeña victoria.

La primavera sonrió tras la fragancia de últimas horas de la tarde mientras él articulaba la oración que una y otra vez provocaba el llanto de ella, mi pequeña muerte y mi orgasmo, la desaparición no-coercitiva de cada uno de los ángulos del triángulo que formábamos.

Antes de morir, salté hacia el verde y esperé.

Sentado en uno de los vértices de la estrella, rodeado por las esferas, me eché a un lado para dejar pasar a la felicidad tangible, al movimiento extático de la aventura de la realidad inmediata, mensurable... con tantos celos como satisfacción.

Toda Europa ardió durante tres días con el fuego de la anarquía. No hubo Dios que bendijese absolutamente nada y los niños de todo el mundo apartaron la vista de sus mayores para echar a correr en dirección a un futuro de infinitas posibilidades.

Incluso Flint parecía satisfecho.

El mecánicamente superdotado delfín abrió su sexta cerveza de la tarde con un hábil movimiento de sus cuatro extremidades plasmáticas superiores, echó un trago y eructó.

—Es el fin del mundo tal como lo conocemos —dijo.

—No, eso ya pasó...—contestó Escarlata Halo, casi tan borracha como el animal—. Esto no es más que un nuevo principio.

—Eso díselo a toda esa pandilla de cadáveres monárquicos que se pudren ahí fuera, en las aceras.

—No nos pongamos nihilistas, por favor...

Y dicho esto, podríamos afirmar que la aventura de Escarlata Haro tocó a su fin con un restallido de libertad y promesas... pero lo peor aún estaba por venir.

Las Semtex Corps no permitirían que el mundo volviese a empezar, mucho menos si no eran ellos quien controlaban el curso de la historia con mano de hierro y los recursos mundiales con el rasero propio habitual (uno para ti, un millón para mí).

Por eso, al otro lado de los trescientos metros de puro hormigón que separaban a Flint y Escarlata del pandemonio, las tropas de élite de Semtex ponían en marcha el mayor operativo que jamás se hubiese efectuado en toda la historia de la compañía.

Un sargento recibió órdenes cifradas a través de la Infrared, que inmediatamente fueron transmitidas al operativo de campo de mayor grado, que a su vez las ladró a los cuatro vientos.

Un centenar de botas militares repiquetearon en pandemonio. Satanás, en alguna parte, sonrió.

Fuego en el agujero.

¡Ka-boooooom! Un centenar de rifles de pulsaciones se amartillaron al unísono.

Escarlata se sacudió, en una impía danza macabra, con cada uno de los impactos de los aceleradores de neutrones negativos; su mente ocupada en el pensamiento en bucle de haber perdido de vista a Flint.

Apenas sin aire en sus agujereados pulmones, la heroína sacó fuerzas para desenfundar el disruptor unido con cinta aislante a su tobillo derecho. Recordó unas últimas palabras que llevaba preparando desde niña:

—Si he de morir, me llevaré a unos cuantos gritando conmigo al infierno.

Fuera de su campo visual, el módulo receptor injertado en el lomo de Flint, interpretó las palabras de su dueña, recibió la orden y puso en marcha su último programa.

—¡¡SECUENCIA DE AUTODESTRUCCIÓN ACTIVADA!! —gritó la insoportablemente aguda voz del mamífero marino modificado genéticamente.

Me desenvolví despacio en sus tripas, un regalo que tocó las fibras necesarias. El libro se cerró con el sonido de un corazón que se rompe ligeramente. Las esferas giraron, mezclándose unas con otras de tal forma que la frontera entre el pragmatismo y la magia se convirtió en una membrana fina, casi transparente, sensible y dúctil alrededor de ella.

Se puso en pie y caminó hacia el despacho de su marido, donde las lágrimas volvieron a aflorar.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Escarlata... ha... muerto... —dijo ella, afásica de emoción.

Él la abrazó y ella se dejó ir. Se me podría culpar a mí por las lágrimas, pero si cualquiera se parase a pensarlo, vería que juego un papel muy pequeño y relativo en la tragedia.

—No pasa nada. No pasa nada —la consoló él, cuando parecía que el torrente de emociones, la síncope de disgusto de ella, empezaba a aminorar.

—Es que... qué cabrón... Siempre tiene que matar a los que les coges más cariño.

—Sólo es un personaje de ficción. No pasa nada.

Ella se calló por un segundo. Pude ver cómo un discurso se alineaba frente a mí.

—¡Ya lo sé!... Pero aún así... Nunca me había pasado antes... —el discurso se reconfiguró a sí mismo antes de proseguir con su avance— Bueno, sí que me había pasado. Pero nunca tan fuerte. Es que le había cogido mucho cariño a Escarlata, casi era real.

ERA real, me dije a mí mismo y, por ósmosis, a ella. Para TI, era real.

Las esferas continuaron girando, configurando una lógica no euclidiana. Por segunda vez en una semana, alteré mi consciencia hasta alcanzar el modo críptico. Intenté hablar por su boca.

—¿Un personaje con el que te implicas emocionalmente es menos real que una persona “de carne y hueso” a la que no conoces de nada? —dijo / dije— ¿No podría ser que todos esos personajes de ficción ocupasen una dimensión aparte, una realidad alternativa que se cuelga en la nuestra a partir del proceso mental de la lectura? Estoy llorando por alguien que no existe, joder...

Él dudó un momento. Tenía sus sospechas al respecto. Finalmente sonrió.

—Ya hemos hablado de eso antes... Lo de los ángeles bailando de Blake y los demonios que dictaban a Aristóteles... Me suena bastante increíble.

Oído esto, obligué a las esferas a dejar de girar. Ella se relajó, su respiración volvió a ser pesada e irregular. Ocupé las ocho direcciones en que sus pensamientos trataban de esparcirse por un espacio cognoscitivo que no le convenía en absoluto. Pero su marido prosiguió, en busca de la última palabra:

—Es como la navaja de Occam: la explicación más sencilla es probablemente la correcta... Estás embarazada y tienes las hormonas por las nubes, lo cual hace que las emociones se te disparen ante cualquier estímulo. Tan sencillo como eso. No es necesario enfarragarse en explicaciones mágicas y cosas así.

No, claro que no, me dije a mí mismo. El pobre miserable de Occam siempre había querido acabar con la magia, dejar tras de sí un mundo plano, finito... SU mundo, regido por el mapa que él mismo se había trazado para sí. Yo lo sé, estuve allí. Tanto como lo estoy ahora mismo aquí, dentro de ti.

Y antes de que ella dijese nada, que es lo que realmente quieres saber, tú que estás leyendo esto, reuní a todas las esferas a mi alrededor. Las mantuve quietas, las acaricié con el amor infinito de quien se sabe protegido y protector al mismo tiempo y me fundí con ellas, no sin antes lanzar un último mensaje:

Escarlata Halo dio gracias al mundo por ser como era, como éste iba a ser en un futuro mejor, y dedicó un último, amoroso, aliento a la sedición.

Incluso el demonio, en alguna parte, dejó de reír.

Lo cual provocó que ella se echase de nuevo a llorar y se aferrase a la verdad inmediata del abrazo de su marido. Eso era lo que de verdad importaba, al margen de casi todo.

Una vida desaparecía en su mente.

Una vida seguía su curso en la coordenada espacio-tiempo precisa del abrazo de ambos.

Una vida crecía en su vientre.

Todo estaba bien.